

LA MISION DE SANDOVAL Y MADERO A ARGELIA (1844-45)
(DATOS PARA EL CONOCIMIENTO DEL AFRICANISMO
ESPAÑOL)

VÍCTOR MORALES LEZCANO

INTRODUCCIÓN

La ponencia que sigue no está desvinculada del todo de la temática del aula «Canarias/NW de Africa» que ha organizado la *Casa de Colón*, como puede parecer a primera vista.

La ocupación militar francesa de la «Berbería Central», es decir, Argelia, fue un hecho de armas decisivo para la obtención de la hegemonía de Francia en el Magreb. Túnez y Marruecos, como es sabido, fueron incorporados al Imperio francés en el Norte de Africa a partir de Argelia; fue éste un proceso que se consumó entre 1881-1912 y que queda, con mucho, fuera del horizonte de nuestro objetivo.

Procede, sin embargo, tener en cuenta que desde Argelia y los confines argelo-marroquíes (Tafilete, País del Dráa, Sahara occidental), Francia aspiraba a conectar sus territorios del río Senegal —en el morro atlántico de Africa— con el Mediterráneo occidental. El proyecto estaba en ciernes desde la mitad del siglo XIX —cuando se realiza la expedición de Madero y Vivero— y se cumplirá a la altura de 1912. Todo el intento español en la zona, durante medio siglo largo, consistió, por tanto, en intercalar derechos y credenciales efectivos tanto en el litoral mediterráneo (Ceuta, Melilla, Chafarinas) como en la costa Atlántica (Santa Cruz de Mar Pequeña, Cabo Juby en Tarfaya, Península de Río de Oro).

La finalidad de la operación era doble: *cortocircuitar* el proyecto francés, de una parte, y *consolidar* las aspiraciones hispanas, de otra. En nada puede extrañar que Canarias haya sido todo el tiempo, en este entresijo colonialista, un punto de apoyo, un título jurídico, un argumento realista y una necesidad perentoria para el africanismo español y su trayectoria bifronte (mediterránea y atlántica, rifeña y sahariana) en el Noroeste de Africa.

I. LA CAIDA DE ARGEL EN MANOS FRANCESAS Y LA RESISTENCIA AUTÓCTONA (1830-1847)

Desde 1827 las relaciones diplomáticas entre la Monarquía francesa y la Regencia berberisca de Argel se habían deteriorado irreversiblemente. Los acontecimientos de junio-julio de 1830 no hicieron sino sellar el destino contemporáneo de toda Argelia y, a la larga, de sus vecinos territoriales del Magreb árabe, Túnez y Marruecos. Es decir, su sumisión al ejército, a los agentes diplomáticos, y a los intereses coloniales europeos, encarnados en Francia, potencia hegemónica en la zona desde 1830 hasta su emancipación política en pleno siglo XX¹.

Ahora bien, este proceso de dominación —denominado de “Pacificación” por la literatura colonista francesa, así como por la italiana en Libia y la española en el Norte de Marruecos— no dejó de tener hondas repercusiones entre algunas notables y vastas capas de la población musulmana del Magreb. Se trata, por decirlo con terminología cara a los estudiosos de las revueltas autóctonas en el ámbito colonial administrado por las potencias europeas, de la *resistencia primaria*, anterior a la eclosión de los movimientos nacionalistas que vehicularán, ya entrado el siglo XX, la protesta primitiva por la vía de la acción política generalizada y tendente a la consecución de la independencia².

Si la Regencia de Argel cayó pronto en manos francesas, los beylikatos de Constantina y Orán se erigieron, por su parte, en «cantones» de resistencia a la ocupación militar francesa. Puesto que el nominal poder otomano asistía impotente —cuando no impasible— a la erosión sistemática del Imperio, tanto en la Turquía europea como en las provincias musulmanas, la resistencia autóctona no tardó en subrogarse el papel de celador de su territorio, de sus intereses materiales y de su tradición religiosa. Tal fue el sentido de la doble resistencia argelina en Constantina —encabezada por Hach Ahmed Bey (1830-37)—, y en el Oranesado —dirigida por el emir Abdelkáder (1834-47)—. Resistencia que terminó por ser aplastada con la fuerza de las armas y con el con-

1. LUCETTE VALENSI, *Le Maghreb avant la prise d'Alger*. París. Flammarion, 1969.

2. Para las resistencias primarias, cfr. ABDELJELIL TEMIMI, *Le Beylik de Constantine et le Hadj Ahmed Bey*. Túnez. Publications de la Revue d'Histoire Maghrebine, 1979, pp. 206-08, y M. EMIRET, *L'Algérie à l'époque d'Abdelkáder*, París. Larose, 1951.

curso de la diplomacia, y a cuyo aplastamiento «colaboró», en medida todavía no ponderada conclusivamente, algún que otro sector de la sociedad autóctona³.

Durante treinta años, la Regencia de Túnez y el Imperio Xerifiano, bajo los mandatos de Ahmed I Pachá y Muley Abderramán III, asistieron con «inquietud» al desmoronamiento de la Berbería Central y a las naturales repercusiones fronterizas originadas por la ocupación francesa de toda Argelia. No era, en rigor, para menos; pero el apoyo xerifiano prestado al emir Abdelkáder no fue lo suficientemente sólido como para evitar que la operación de castigo francesa en la frontera argelo-marroquí se sellara con la derrota de las tropas magrebíes en la batalla de Isly (agosto, 1844), y que, con la mediación inglesa en el Tratado de Tánger (septiembre del mismo año), la Monarquía de Luis Felipe consiguiera el «espaldarazo» —la legitimación—, en suma, de la conquista de Argelia. Tampoco fue eficaz la simultánea movilización de cuño «reformista» iniciada en los medios palaciegos, militares y hacendísticos del Bey de Túnez, puesto que, en vez de frenar la marcha francesa, no hizo sino prepararle un caldo de cultivo que dio su fruto en el acuerdo de El Bardo⁴.

II. LOS ECOS DEL SUCESO EN ESPAÑA

Si la caída de Argel y la resistencia autóctona en Constantina y el Oranesado tuvieron eco —lógico, aunque ineficaz—, en los vecinos territoriales de la Regeancia berberisca, por su parte, todas las potencias europeas con intereses en el Mediterráneo no dejaron de acusar el suceso; especialmente Inglaterra, «señora de los mares» con dos puntos de apoyo preciosos para sus líneas de comunicación tales como eran Malta y Gibraltar. España tampoco pudo permanecer indiferente ante el acontecimiento de marras, que introducía una nueva

3. Cfr. la relación de sentido entre colonialismo, resistencia primaria y colaboración que establece ABDALLAH LAROUÏ, *L'Histoire du Maghreb. Un essai de synthèse*, París, Maspero, 1970, pp. 275-303.

4. Para la crisis de la regencia tuncina, cfr. el estudio clásico de JEAN GANIAGE, *Les origines du Protectorat français du Tunisie (1861-81)*, Maison tunisienne de l'édition, 2.^a ed., 1968, y M. KRAIEM, *La Tunisie precoloniale*, Société Tunisienne de Diffusion, 1973, 2 vs.

relación de fuerzas e intereses en el flanco occidental del *Mare Nostrum*⁵.

Tres factores parecen haber entrado en consideración en la «actitud» hispana ante la primera etapa de la colonización francesa de Argelia (1830-47):

a) *El pasado bélico de la España de los Austrias en la marca norte africana:*

«Cuando se habla de preparativos militares, no se considerará fuera de propósito tener a la vista una sucinta relación de las hazañas de nuestros antepasados en Africa, ni menos referir aquel lamentable suceso del rey don Sebastián de que están llenas las historias, suceso que recordándose puede servir de aviso para evitar muchos yerros, y de luz para salvar grandes escollos»⁶.

b) *El control, o, al menos, seguridad de la navegación y el comercio con el Norte de Africa a partir de los enclaves de Orán y Mazalquivir, en el antiguo reino de Tlemcén, evacuados en 1791:*

«Por eso, el Africa francesa será para España un factor constante de ignominia, sin que puedan evitarlo las razones débiles e ineficaces que nos alejaron de la dominación de aquel país (Regencia de Argelia), que debió ser la esperanza del nuestro, y unírsele en relaciones fraternales, puesto que la providencia nos había deparado la ocasión de llevar nuestra civilización al otro lado del canal que constituye el Mediterráneo, en donde se encontraba triunfante la impiedad y la barbarie, y en donde se hallaban los descendientes de aquellas tribus berberiscas que habitando por

5. YAHIA BOUAZIZ y M. DE EPALZA, *Le Nouvea sur les relations de l'Emir Abdelkáder avec l'Espagne et ses gouverneurs militaires à Melilla*, Orán, 1982, conteniendo cartas del emir a Isabel II, Ministro de Estado (Pacheco), Embajador español en París (Narváez a la sazón), etc.

6. SERAFIN ESTEBANEZ CALDERON, *Manual del oficial en Marruecos, o cuadro geográfico, estadístico, histórico, político y militar de aquel imperio*, Madrid, Imp. de Ignacio Boix, 1844, p. 5.

largo tiempo nuestro suelo, nos legaron al partir, casi todos sus usos y costumbres»⁷.

c) *La percepción de que se iniciaba un «reajuste» de influencias en la ribera africana del Mediterráneo, en el que España no debería estar ausente:*

«Los asuntos de Africa empiezan a preocupar justamente la atención de los hombres previsores; y al considerar cómo se ligan ya a los de la política internacional europea, al ver nuestra posición geográfica, y al calcular el papel que los acontecimientos o la futura suerte de la nación nos tendrán reservado, es imprescindible dejar de reconocer que algo de gloria e interés ofrece en Africa el destino para el porvenir de nuestra patria»⁸.

Cierto es que la política «pactista» de Carlos III, tanto con los nominales vasallos del Imperio Otomano en el Magreb (Trípoli, Beylikato de Túnez y Regencia de Argel) como con el Imperio Xerifiano (reino independiente de la «Sublime Puerta»), había impreso un giro de 180° a las relaciones hispano-marroquíes, no obstante la pervivencia del curso berberisco —bastante atenuado en los primeros treinta años del siglo XIX—, y a pesar de las «tiranteces» crónicas con el Emperador de Marruecos; reino donde España conservaba —a propósito— las fortalezas y presidios de Ceuta y Melilla⁹. De resultas de ello, la conflictividad había ido atenuándose en el marco de las relaciones hispano-magrebíes entre 1791-1830; pero el desentendimiento español de las cues-

7. M. MALO DE MOLINA, *Viaje a la Argelia. Descripción geográfica y estadística del Africa francesa, del desierto y de los árabes, con sus usos, costumbres, religión y literatura*, Valencia, Ferrer de Orga, 1952, p. 11. Abundando en esta línea «nostálgica» del Imperio español en el Norte de Africa —que nunca llegó a constituirse— está la obra de FRANCISCO ZAVALA, *La Bandera española en Argelia desde 1500 a 1791*, Argel, Imprenta de Gojoso, 1855, 3 vs. El tono de la obra es polémico, e intenta ser una controversia de los *Annales Algériens* de PELLISIER.

8. C. GIMENEZ DE SANDOVAL y A. MADERO Y VIVERO, *Memorias sobre la Argelia, escritas por consecuencia de la Comisión que de Real Orden pasaron a aquel país en el año 1844*, Madrid, Ribadeneyra, 1853, p. 91.

9. El cambio de orientación hispana con sus vecinos meridionales ha sido abordado por Rodríguez Casado, Arribas Palau, Lourido, etc. Una puntualización reciente en M. DE EPALZA, «Intereses árabes e intereses españoles en las paces hispano-musulmanas del siglo XVIII», en *Anales de Historia contemporánea (Universidad de Murcia)*, v. 1, 1982, pp. 7-17.

tiones atinentes a política internacional —¡y cuánto más si se trataba de aquéllas que afectaban al Norte de Africa!—, y los agudos problemas de orden interior con que se enfrentó el agonizante Estado Absolutista y el naciente Estado Liberal, entre 1808-1839, pueden coadyuvar al entendimiento de la despreocupación generalizada que reinó en los círculos dirigentes de la nación en torno a la *frontera sur* de la península Ibérica.

Con la irrupción de Francia en Berbería Central, y con las primeras manifestaciones de una ulterior profundización de su presencia militar a lo largo de la frontera argelo-marroquí, utilizando el eje de navegación Marsella-Argel que secciona en dos partes la cuenca del Mediterráneo occidental, algunos círculos hispanos tomaron conciencia del cambio de equilibrio que se estaba operando en el marco de aquel escenario estratégico.

En un principio, un oscuro publicista había resumido muy etnocéntricamente, y de acuerdo con las más rancias coordenadas mentales de la España de la época, la caída de la Regencia de Argel en manos francesas:

«En resumen, violación del derecho de gentes, infracción de los tratados, pretensiones opuestas a las leyes del reino y a los derechos de los franceses, violación de domicilios e insultos a sus agentes diplomáticos, y ataques contra el pabellón parlamentario, son las ofensas que la Francia quiere vengar, libertando al mismo tiempo a la Europa de los tributos que paga al bey de la esclavitud que amenaza siempre a los cristianos, y de la piratería»¹⁰.

Treinta años después, la alarma había cundido en los medios del incipiente africanismo español. En 1852, Malo de Molina, abogado de los tribunales del reino, se hizo eco crítico del suceso de la toma de Argelia; Zavala, lleno de fervor, recuperó, en 1853, la hispanidad argelina; Gómez de Arteche daba a la stampa una «Descripción y mapas de Marruecos, con algunas consideraciones sobre la importancia de la ocupación militar de una parte de este imperio»; en 1861, L. Galindo y de Vera terminaba de redactar su «Historia y vicisitudes y política tra-

10. M. SANTIESTEBAN DE LA PUERTA, *Sucinta descripción histórica, geográfica y política de la Regencia de Argel, con una breve noticia de las expediciones que han hecho contra ella las potencias cristianas; de las causas de la presente guerra de Francia, y del número de buques, marineros y soldados que destina S. M. Cristianísima para castigar a los argelinos*. Madrid, Imp. de Miguel de Burgos, 1830, pp. 71-72.

dicional de España respecto de sus posesiones en las costas de Africa, desde la monarquía gótica en los tiempos posteriores a la Restauración hasta el último siglo». Todos ellos se hacían eco de una preocupación, destinada a ganar carta de naturaleza —en el futuro— en la proyección exterior del Estado español: *la carencia de una política consistente en el Norte de Africa desde la noche de los primeros tiempos, y la necesidad de elaborarla y aplicarla, en una coyuntura internacional en que la expansión colonial europea comenzaba a dislocar, en diferentes zonas, el statu quo hasta entonces respetado*¹¹.

Que el Imperio Xerifiano podía experimentar, algún día no muy lejano, la triste suerte de la Regencia de Argel, fue preocupación que cundió en el discurso africanista español, alentándole a considerar la perentoriedad de una «acción» que evitara el emparedamiento de la Península Ibérica entre la Francia metropolitana y la costa norte de Marruecos. La caída de Argel, Constantina y Orán en manos francesas apareció, pronto, como un ensayo general de la suerte que esperaba al Imperio Xerifiano, y —ahora— España no podía permitirse el lujo de asistir con olímpico distanciamiento al desarrollo de los acontecimientos, como expresaba realistamente Merry y Colom en un despacho dirigido al primer secretario de Estado en Madrid:

«Marruecos camina desde 1860 a su ruina, que es a mi juicio, irremediable. Los esfuerzos de la diplomacia podrán retardarla, pero el mal no tiene cura y el gobierno español que es el más interesado en esta cuestión debe seguir paso a paso la marcha de los sucesos». Y añadía, apuntando a una de las causas determinantes de la «ruina» de la autoridad xerifiana: «a medida que aumentan los intereses cristianos van disminuyendo los medios de que disponen los Bajajes para hacerse respetar y tomando más proporciones la anarquía. De aquí que los conflictos son cada día más graves y mayor el número de reclamaciones por daños causados a súbditos de las naciones (cristianas)»¹².

11. T. GARCIA FIGUERAS, «La aportación bibliográfica española sobre Africa» y «Una Comisión histórica y unos documentos para la historia de la acción de España en Africa», en *Miscelánea de Estudios históricos sobre Marruecos*, Larache, ed. marroquí, 1949.

12. Cfr. despacho n.º 61 del encargado de negocios de España en Tánger (4 octubre 1864), en «Marruecos. Correspondencia. Embajada y Legaciones: 1861-66», en *Archivo Diplomático del Ministerio de Asuntos Exteriores* (Madrid).

Ahora bien, la Monarquía española estuvo muy condicionada, entre 1834-60, por las orientaciones internacionales de procedencia anglofrancesas. Si Gran Bretaña no había puesto reparo substantivo a la anexión de Argelia (como no lo pondría más tarde al establecimiento del Protectorado francés en Túnez), ¿qué otra política cabía a los gobiernos de Isabel II que esperar un respaldo británico a las aspiraciones hispanas en la costa marroquí del Estrecho de Gibraltar, para impedir de este modo que el control de sus aguas fuera compartido por una potencia que —como Francia— podía obstaculizar seriamente la navegación? Hasta que ese apoyo llegó, después de medio siglo de forcejeos y ajustes (1860-1912), el africanismo español se mantuvo a la deriva, no tanto porque no tuviera ya conciencia clara de los intereses estratégicos en juego en la zona como porque el Estado Liberal, emergente de la crisis política de la primera mitad del siglo XIX, y el irregular desarrollo de las fuerzas de producción nacionales, no pusieron al servicio del africanismo ni de la proyección exterior del país, en general, unos instrumentos diplomáticos y materiales, una credibilidad internacional, en suma, con los que configurarlo para hacerlo coherente y duradero¹³.

III. LA MISIÓN DE SANDOVAL Y MADERO A ARGELIA

Una excepción importante a esta vaga percepción española de la alteración que introducía en el Magreb árabe la conquista de toda Argelia por el ejército francés, la constituyó la misión especial que se encomendó, en 1844, a dos oficiales del ejército, al teniente coronel de caballería, Crispín Giménez de Sandoval y al capitán del mismo cuerpo, Antonio Madero y Vivero.

Como es sabido, a lo largo del reinado de Isabel II se pusieron las bases institucionales del Estado Liberal, tanto en lo atinente al sistema de partidos políticos como en lo referente a la administración civil. El

13. Para ahondar en esta contradicción del africanismo español naciente, a la altura de la mitad del siglo XIX, cfr. J. M. JOVER ZAMORA, «Tradiciones y utopías para una política exterior», en prólogo al v. XXIV de la Historia de España (Menéndez Pidal), Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 138-58; y, además, V. MORALES LEZCANO, *España y el Norte de Africa. El Protectorado en Marruecos (1912-56)*, Madrid, ed. de la UNED, 1984, pp. 11-84.

ejército no fue excepción; la creación de un cuerpo de oficiales de Estado Mayor, en 1842, alentó la formación de una élite militar volcada al estudio pericial de las «artes de la guerra moderna» y saberes concomitantes. La ocupación de Argelia y la guerra de Crimea fueron dos sucesos que, aproximadamente hacia la mitad del siglo, movilizaron a sendas comisiones¹⁴.

Los oficiales Sandoval y Madero fueron puestos en disponibilidad, por iniciativa del Ministerio de la Guerra, para visitar la antigua Regencia berberisca, observar desde dentro la colonización militar francesa y extraer las conclusiones pertinentes de su viaje de reconocimiento de aquel país. No parece descabellado pensar que este destacamento traducía, no sólo curiosidad por los eventos que se habían ido encadenando en el Norte de Africa entre 1830-44, sino, también, un grado de inquietud que afloraba abiertamente por las consecuencias que, ya entonces, o en períodos por venir, podría acarrear el «desplazamiento» de la autoridad otomana en la zona en beneficio de los nuevos *centuriones*¹⁵.

Literalmente, y tal como reza la hoja de servicios prestados por Sandoval —que luego sería jefe de la 1.ª brigada del 1.º cuerpo de ejército español, mandado por el general O'Donnell en la sedicente «Guerra de Africa»—, los dos oficiales «permanecieron en las posiciones francesas y el reino de Túnez desde el 26 de junio de 1844 hasta el 25 de agosto de 1845, en cuyo tiempo cumplieron el objeto e instrucciones de su comisión, visitaron los establecimientos militares de las provincias de Argel, Milianach, Bona, Constantinopla, Orán, Mostagemen, Máscara, Tlemcen, y una parte del Reino de Túnez»¹⁶, es decir, todas las ciudades y fortificaciones de la costa argelina. «Siguieron —dice el documento— las operaciones de las columnas mandadas por los generales de Lamoricière, Coitte y Cavaignac por el territorio de las subdivisiones militares de Orán, Máscara y Tlemcen,

14. Fruto de la otra misión española fue la *Memoria sobre el viaje militar a la Crimea, presentada por los oficiales del cuerpo de ingenieros, nombrados en 1855 para seguir y estudiar las operaciones de la guerra entre Rusia y las potencias occidentales. Francia e Inglaterra, auxiliando a la Turquía*, Madrid, Imprenta del Memorial de Ingenieros, 1858, 2 vs.

15. Cfr. expediente de A. Madero y Vivero, en A(rchivo) G(eneral) M(ilitar). (Segovia).

16. Cfr. expediente de C. Giménez de Sandoval, en A.G.M. (Segovia). Ampliación de la referencia en J. ALMIRANTE TORROELLA, *Bibliografía Militar*, Madrid, 1876.

penetrando en el Imperio de Marruecos y en el Sahara hasta la demarcación de los Chotts; cuyo objeto fue primariamente la celebración del tratado para la demarcación de la frontera entre Marruecos y la Argelia, después de vigilancia del país cuya fidelidad era poco segura; y la observación de los movimientos y maquinaciones del Emir Abdelkáder, y por último la persecución de dicho caudillo que atravesando el Sahara intentaba volver a penetrar en Marruecos para reunirse con su califa Buha-Ha-Achin; encontrándose con este motivo en el ataque y razzia contra las tribus de Kalakil, facción de la poderosa y rica tribu de los Hunain el 28 de junio de 1845 en el Chott de Garbí». En suma, que asistieron, durante todo un año, al progresivo acoso a que el ejército francés sometió a la resistencia autóctona de Abdelkáder en el Oranesado y en la frontera con Marruecos durante la última etapa de resistencia armada que ofreció el Emir a las tropas francesas.

El viaje de los dos oficiales de E.M. quedó plasmado en una obra, bastante divulgada en la época, que se publicó en 1853 y que llevó por título *Memorias sobre Argelia, escritas por consecuencia de la Comisión con que de R.O. pasaron a aquel país en el año de 1844 sus autores*. Aparte del estilo fluido con que está resumida la experiencia, el contenido de las *Memorias* arrojó más de un rayo de luz —para el presunto lector, castrense o civil, en España— tanto sobre el estado de la sociedad argelina, hasta entonces bajo la nominal administración otomana, como sobre la puntual coyuntura de sometimiento *manu militari* al ejército francés bajo el mando del general Bugeaud.

Ahora bien, la misión de Sandoval y Vivero se tradujo, además, en un corpus documental redactado para información e ilustración española, que fue depositado en el Ministerio de la Guerra y que, en la actualidad, cobija el «Servicio Geográfico del Ejército». La importancia de este acervo inédito merece, por lo pronto y como mínimo, una sucinta relación de su conjunto; la lectura, vaciado y aprovechamiento de su totalidad, a la luz del cuadro de fondo esbozado con anterioridad, es empresa laboriosa pero, no por ello, aplazable *sine die*. Su recuperación por los estudiosos constituirá, si no nos equivocamos, una prueba del carácter fructífero del africanismo español. Y ello, antes de que España se decidiera a ocupar las Chafarinas, de que el E.M. movilizara a un mayor número de oficiales encargados de reconocer las costas del Rif, antes de la expedición militar de 1859-60, y, naturalmente, antes de que el africanismo de raigambre militar designara al comandante Ramón Jáudenes y al capitán Eduar-

do Alvarez Ardanuy para realizar la «Comisión de Estado Mayor en Marruecos»¹⁷.

Guiándonos con la brújula del «Índice de Memorias e itinerarios descriptivos - Africa», de la Cartoteca Histórica, hemos encontrado las siguientes obras inéditas, resumidas, en cierta medida, en las *Memorias sobre Argelia*, pero no del todo apuradas en ellas:

a) *Memoria histórica de la ciudad de Tlemcen por el capitán Madero y Vivero, 1945* (10 ff. vueltos más 4 láminas).

b) *Descripción de una rhazzia en la Argelia por D. Crispín Giménez de Sandoval, 1845* (4 ff.).

c) *Memoria histórico-militar de Orán por D. Crispín Giménez de Sandoval, 1845* (80 ff. vtos.).

d) *Delimitación de la frontera entre la Argelia y Marruecos por D. Crispín Giménez de Sandoval, 1845* (7 ff. vtos. con mapa de la batalla de Isly).

e) *Descripción de algunos monumentos antiguos en la Argelia y Túnez por D. Crispín Giménez de Sandoval y A. Madero, 1845* (9 ff. vtos. con dibujos insertos).

f) *Reglamento de las tropas regulares árabes dadas por el emir Abdelkáder en el Africa francesa* (traducción al castellano).

g) *Notas sobre la Argelia, por D. Antonio Madero y Vivero, 1845* (60 ff. vtos.).

h) *Memoria sobre Túnez por D. Crispín Giménez de Sandoval y D. Antonio Madero y Vivero, comisionados por S.M., 1845* (48 ff.).

i) *Memorias sobre la Argelia por D. Crispín Giménez de Sandoval y D. Antonio Madero y Vivero, 1847* (y publicada, como ya se ha puntualizado, en 1853)¹⁸.

Los oficiales españoles, resumiendo esta ponencia, se desplazan al

17. Sobre esta Comisión existe abundante literatura. Un botón de muestra es la conferencia de M. LOMBARDEO VICENTE, «La exploración científica de la Geografía de Marruecos», en *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, n.º 2, pp. 23-67; y las síntesis realizadas por M. GARCIA BAQUERO para el «Servicio Geográfico del Ejército».

18. Hemos procedido a la verificación de la existencia material de la documentación relacionada, que concuerda con el «Índice de la Cartoteca Histórica, fascículo I, Servicio Geográfico del Ejército», Sección de documentación (*Cuartel General de Estado Mayor*, Madrid). Como queda apuntado en el texto, la lectura detenida y aprovechamiento del acervo es empresa pendiente todavía de realización.

Norte de Africa cuando el ejército francés está a punto de sofocar la resistencia de Abdelkáder entre 1844-47, en el teatro de operaciones oranés y en los territorios de la frontera argelo-marroquí. No es hipertrofia valorativa afirmar que la misión —aparte de sintomática— fue rica por el número de documentos que generó. Falta ahora acometer la ponderación del vasto contenido histórico, etnográfico, militar y arqueológico que llena los folios de las obras arriba citadas, manifestación precoz de lo que, más tarde, se constituirá en el africanismo español de fin de siglo. Africanismo que fue tanto una vocación de estudio como un imperativo de actuación en tierras del Magreb; africanismo, en suma, que siempre estuvo espolado por la creciente intervención colonial europea en la zona (1830-1912).